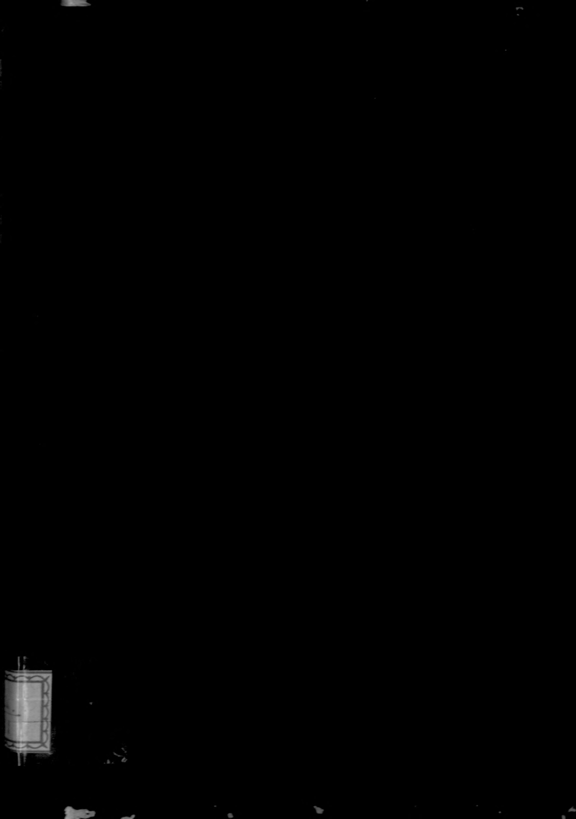




LA CASA SEVILLANA

CONFERENCIA DE

D. JOAQVIN HAZAÑAS



"Algunas consideraciones sobre la Casa sevillana"

ESTUDIO LEÍDO POR

D. JOAQUÍN HAZAÑAS Y LA RUA

EL 17 DE FEBRERO DE 1928 EN LA INAUGURACIÓN DE LAS

"CONFERENCIAS SOBRE ASUNTOS SEVILLANOS"

ORGANIZADAS POR LA

"ACADEMIA DE ESTUDIOS SEVILLANOS" DE LA

"CONGREGACIÓN DE LA INMACULADA Y SAN LUIS GONZAGA"

DE ESTA CIUDAD

———oOo———

Sean mis primeras palabras, mis queridos amigos, para felicitaros por el acierto de fundar un Centro de estudios históricos sevillanos, en el que, modestamente, podeis formaros para mayores empresas, realizado, por vía de ensayo, una que no es pequeña. La historia de Sevilla, no obstante haber contado nuestra ciudad con historiadores como Morgado, Espinosa de los Monteros, el incomparable y no superado analista Ortiz de Zúñiga, el Abad Sánchez Gordillo, el doctísimo Rodrigo Caro, Espinosa y Carcel, Matute y tantos otros, para no citarlos a todos, está aun por hacer, no ya sólo en lo que respecta al antiguo reino de Sevilla, del que nuestra ciudad fué capital al par que *fortaleza y mercado,* como ha dicho muy bien un docto catedrático de nuestra Universidad, durante los primeros siglos posteriores a su reconquista por el Santo Rey, región tan extensa que llegaba desde más arriba de Fregenal de la Sierra, en la actual provincia de Badajoz, hasta el río Guadalete, en la de Cádiz, y desde los confines de los reinos

de Jaén y Granada hasta Portugal, sino también por lo que respecta a la ciudad solamente, y es que ha sido ésta tan grande e importante que se necesita la labor de muchos para poder formar un esbozo de su grandiosa historia.

Cuando hace algunos años pareció que iba a alborear un nuevo y venturoso día para las Universidades españolas, con la concesión de la autonomía universitaria, acaricié yo la idea de la creación en la nuestra de una cátedra de Historia de Sevilla, y llegué a hacerlo público en varias ocasiones, pero Dios no quiso que el sol de aquel venturoso día llegase al zenit, y la reforma murió de un plumazo a manos de un Ministro que, aunque parezca imposible, era catedrático: con ella se enterraron mis buenos deseos.

Vuestro laudable pensamiento viene a llenar, en parte muy principal, la sentida necesidad de fomentar los estudios de historia local, y yo os felicito por ello, y os auguro, si no desmayais en la empresa, un éxito seguro, pero al felicitaros quiero haceros algunas indicaciones para tranquilidad de mi conciencia.

¿Venís a tomar parte en esta labor persiguiendo una idea de lucro? Abandonadla: este linaje de estudios, ni a la corta, ni a la larga da para comer. ¿Venís pensando que en estos trabajos alcanzareis fama y gloria? No lo imagineis, antes bien no será extraño que os veais motejados de espíritus arcaicos, ratones de bibliotecas y otros dictados semejantes. ¿Venís por amor a nuestra ciudad para contribuir con vuestro trabajo en la medida de vuestras fuerzas a la gloria de la misma? Seguid trabajando, que realizais una obra meritoria. ¿Venís por puro placer del espíritu a entregaros con toda el alma a esta empresa? Proseguid: yo os aseguro que encontrareis gozos inefables, que solo quien a estos trabajos de erudición se consagra, sabe la satisfacción que produce la confirmación de una verdad sospechada, el encuentro de un dato insospechado, el hallazgo de un hecho que demuestra ser un error lo que el tiempo, y la autoridad en ocasiones, habían presentado como una verdad inconcusa.

Aplicaos a la investigación histórica y contribuid a la gloria de la patria acopiando materiales para la gran obra, por

que como decía mi sabio y querido maestro Menéndez y Pelayo, «investigadores históricos puede y debe haberlos siempre en una nación; grandes historiadores los habrá cuando Dios sea servido concedérselos» y las obras de esos investigadores, podemos agregar nosotros, no son sino síntesis de muchos trabajos pequeños, de muchas monografías, de muchos estudios hechos y preparados por modestos y pacientes investigadores históricos, que es lo que debemos procurar ser todos nosotros. Proseguid, pues, en vuestra obra que bajo todos conceptos es laudable.

Plácemes mereceis también por la organización de esta serie de conferencias que hoy inauguramos, en cuya organización no ha habido más error que la designación de mi persona para comenzarlas: pero ya que vosotros habeis padecido esa equivocación y yo he tenido la debilidad de aceptarlo, preciso es salir de este apretado paso como me sea dado, procurando no cansaros para no despertar en vosotros el hastío hacia este linaje de estudios.

Bien sabeis que cuanto se relaciona con América, en su descubrimiento, su historia, sus costumbres, etc., tiene hoy, por razones, que por harto conocidas no son del momento, una palpitante actualidad, y por ello buscando un tema para esta conferencia que siendo de historia sevillana tuviese alguna relación con el nuevo continente, escogí el de «Algunas consideraciones sobre la casa sevillana». Si en la elección del tema y en su desarrollo no he acertado, válgame al menos la buena voluntad que en ello he puesto.

Realizado el descubrimiento del Nuevo Mundo, España trasmitió a América, sin reserva alguna, al colonizarla, cuanto era y cuanto tenía. Fué Sevilla desde los comienzos de aquella empresa el lugar en que nuestra patria acumulaba cuanto había de enviar al nuevo continente y así como el agua que desde su manantial se conduce a un punto situado a larga distancia, se contamina del buen o del mal sabor del depósito en que espera su distribución, cuanto España llevó a América

participó de cierto sabor sevillano muy marcado, del que no se libraron ni aun las cosas inmateriales, ni aún las mismas ideas.

Una de las cosas que más ama el hombre es su propio hogar, el solar de sus mayores y donde quiera que va gusta de ver reproducido ese solar nativo hasta en sus más mínimos pormenores, salvo siempre las exigencias que el clima y otras circunstancias imponen. Imaginad qué harían en este punto los españoles colonizadores de América sino reproducir, en lo posible, la casa española: agregad a esta consideración que todos los colonizadores habían residido, más o menos tiempo, en nuestra cindad, desde donde, únicamente, podían emprender su ruta; que muchos de ellos eran andaluces; y que el clima de Andalucía era el más semejante al de la mayoría de las regiones americanas, y, seguramente, no os extrañará, antes bien, os parecerá lógico y natural que las primeras casas que allí se construyeran reprodujesen la casa andaluza, especialmente la casa sevillana.

Así lo había yo imaginado y creído siempre que debía haber sucedido, y una obra muy reciente del Sr. D. Martín Noel, Director General de Bellas Artes de la República Argentina y Arquitecto del Pabellón de su país en la Exposición Ibero-Americana, he venido a confirmar que así ocurrió en efecto. Los estudios del Sr. Noel me han enseñado que desde las más altas latitudes de la Nueva España hasta la Tierra del Fuego, toda América ha recibido una influencia absoluta del arte español, del arte andaluz, y no sólo en sus dos costas del Atlántico y del Pacífico, donde llegaban constantemente las Flotas y los Galeones, salidos del Puerto de Sevilla, sino en lo más recóndito del continente. El mencionado escritor, autoridad por cierto no recusable, ha escrito estas palabras: «El valor expresivo de esta preponderancia del arte andaluz parece afirmarse aun más cuando nos allegamos a las ciudades mediterráneas, y es que el paisaje de esta zona de América en mucho se asemeja a ciertos lugares de Sierra Morena, de las Alpujarras, aunque por algunos momentos cobra la austera desolación de Castilla. Hasta la exótica vegetación conspira en tal sentido; las pitas, el cactus, las chumberas abundan por

igual exuberancia en ambas naturalezas». Por las obras del Sr. Noel he sabido yo, que nada es más claro y preciso, desde el Ecuador hasta el Plata, que la fisonomía andaluza de las moradas americanas; que la capital de Bolivia, La Paz, es una de las ciudades más andaluzas del Sud-América; que las calles de Asequipa, son las calles de Priego de Córdoba, de Fuentes de Andalucía, de Ayamonte; que en América perduran, y son admirados, los artísticos hierros andaluces y los admirables alicatados de azulejos sevillanos; que en las viejas casonas de Buenos Aires, blancas como las sevillanas, no dejó de aparecer algún ensayo de los clásicos cierros sevillanos en las llamadas tribunas de vidrios.

Siendo esto así, puede afirmarse que el estudio de la casa andaluza, especialmente de la sevillana, nos interesa por igual a nosotros y a nuestros hermanos de América. ¿Pero es que hay, en verdad, un tipo de casa que pueda y deba llamarse sevillana? Echemos para averiguarlo una rápida ojeada no sobre lo que es, sino sobre lo que fué, el caserío, como por aquí decimos, de nuestra ciudad.

En cinco grupos puede dividirse los edificios que a los sevillanos han servido de habitación desde la reconquista de la ciudad en la décimotercia centuria.

Constituyen el primero los palacios reales y de los próceres o magnates. En un principio sirvieron de morada a estas clases privilegiadas los edificios que entre los árabes tuvieron el mismo uso, pero el tiempo los ha consumido y los que hoy se conservan son, en su mayor parte, de época muy posterior. Tal ocurre con los Reales Alcázares, con los monasterios de San Clemente el Real, de Santa Clara y del Dulce nombre de Jesús, que se levantan sobre antiguos regios palacios. También son de época muy posterior las suntuosas moradas de los Ricos hombres, tan extensas por lo general, que la crónica de Alfonso XI dice que tenía Sevilla «Omes de grandes solares». Esto ocurre con las casas de los Marqueses de Tarifa, que hoy llamamos Casa de Pilatos, con la de los Pineda, hoy palacio

ducal de Alba, con la de los Ponce de León, Marqueses de Cádiz, y Duques de Arcos, hoy Colegio de PP. Escolapios y con algunas, por desgracia, no muchas más.

Aquellos dilatadísimos palacios de los Pérez de Guzmán, Condes de Niebla que comenzaban en la actual calle de Jesús y llegaban a la Plaza del Duque que era el patio de sus caballos, o picadero que decimos hoy, edificio de tan magnífica apariencia todavía a fines del Siglo XVI, que se cuenta que hizo exclamar al Prudente Felipe II que parecía la casa del señor del lugar: aquellas otras, extensísimas también, del Duque de Béjar, y las no menos famosas de Doña Elvira de Ayala, construídas ambas en plena judería; la de los Marqueses de Ayamonte; la de los Marqueses de Alcalá de la Alameda cuya extensión hizo decir a nuestro analista Zúñiga que eran «de gran capacidad y lustrosa amplitud» y una de cuyas fuentes sirve hoy de ornamento en una plaza pública de la ciudad; la de los Marqueses de la Algaba, que aun luce como resto de su pasada grandeza uno de los más bellos balcones de Sevilla; palacios cada uno de los cuales dió nombre a un barrio, no son por desgracia, sino sombra de lo que fueron, y casi todos han quedado reducidos a cortos límites a fuerza de segregaciones, divisiones y subdivisiones, pero al fin, algo nos resta de ellos, mientras que de otros como el de D. Pedro Ponce, que también dió nombre a un barrio, y pasó en tiempos antiguos a la casa de los de la Cerda y por ellos a la ducal de Medinaceli; el de los Manuel de León, también de regia estirpe; los de los Mathe de Luna, que se hallaron en la conquista; de los Ribera, en la collación de Santa Marina; los de aquel portentoso bibliófilo D. Hernando Colón, hijo del descubridor del Nuevo Mundo; de los Melgarejos, no lejos de San Marcos; de la familia Roelas, en la Alameda; de los Céspedes, en Santa Catalina; de los Santillanes; de los Tenorio; de Alonso Suárez; de los Ortiz Melgarejo, y otras más, se convirtieron en tiempos antiguos en hospitales, iglesias y conventos.

De otras moradas señoriales como la de los Marqueses de Montemayor, fundadores de Santa Paula, conocidos en Sevilla, en su tiempo, por los Marqueses de Portugal; la de Martín

Cerón; la de los Marqueses de Sortes, morada de varios de nuestros Asistentes; la de los Quadros, en la calle del Arrayán; la del famosísimo Marqués del Valle, Hernán Cortés; la de los Arias de Saavedra, Marqueses del Moscoso, última casa fortificada que existió en nuestra ciudad; la de los Gallegos, luego de los Tellos, en la calle que llevó el nombre de los primeros; la de los Martel, en la plaza llamada aun de los Marteles; la de los Quirós, famosa por su inscripción: «*Nihil dificil est*»; la de los Medina del Tesorero, en San Andrés que por sus cadenas dió nombre a una calle; la de la primera rama de los Arias de Saavedra, o del Castellar, que dieron nombre a otra, nada absolutamente nos queda, habiendo desaparecido hace pocos meses, por transformación total del edificio, los artísticos baquetones que decoraban la fachada de la casa, próxima a San Martín, de otra rama de los Saavedras que dió nombre a la calle que la separa del templo.

Otras subsisten harto transformadas, como las de los Cervantes, hoy Asilo de San Fernando; la de los Medina de San Lorenzo, conocida por palacio del Infantado; la de los Tous de Monsalve, en la calle a que dieron nombre; la de los Ortiz, hoy Capitanía General; la de la segunda rama de los Arias de Saavedra, o del Mariscal, próximas a San Juan de la Palma; la llamada de las Cabezas, en la calle del Sol, que fué de los Ortiz de Sandoval; la de los Taveras; la de los Villasís y las dos de los Alcázares, una en la calle de su nombre y otra frontera a la Universidad.

Segundo grupo puede formarse con las casas menos suntuosas y extensas, pero también ricas, y en ciertas ocasiones hasta magníficas, de los simplementes caballeros, de los comerciantes enriquecidos, extranjeros en su mayoría, naturalizados en España, ennoblecidos rápidamente por regias concesiones o por enlaces matrimoniales. En este grupo entraban algunas desaparecidas, como la de los Arguijo, en que vino al mundo el más famoso sonetista castellano «D. Juan de Arguijo, del Dios Apolo y de las Musas hijo» como escribió el gran Lope de Vega; y otras que aun subsisten como las de Veinti-

cuatro Juan de Torres, en la calle de Torrejón; la de los Ribera de San Andrés, Conde de la Torre de Per Afán; la de los Payba, hoy de la Condesa de Lebrija; la llamada de las Aguilas que perteneció a los Marqueses de Casa Estrada; la de los Castilla, en la calle de Zaragoza y la de los Céspedes en Santa María la Blanca, todos ellos esclarecidos caballeros sevillanos.

Entran también en él las de los Bucarelli, hoy del Conde de Santa Coloma en la que nació entre otros ilustres patricios D. Francisco de Buscarelli, tercer Marqués de Vallehermoso y famoso gobernador de Buenos Aires; de los Vicentelo, cuyo fundador era conocido con el sobrenombre de *el Corzo* por su procedencia y cuyos descendientes fueron Condes de Cantillana; la de Tomás Mañara, más famoso por las virtudes de su hijo el Venerable D. Miguel, que por sus riquezas y por ascendiente de los Marqueses de Paterna del Campo; la de los Jáurigui o Jáuregui, en que vió la luz primera el glorioso autor de las Rimas y traductor de la Aminta; las de los Cavaleris, en tres lugares de la ciudad, en las collaciones de San Bartolomé, el Salvador y San Miguel; la de los Clarebout con su notable arquillo, desaparecido recientemente; la de Ibárburu; la de Burón, luego del Conde del Aguila; la de los Madariaga, hoy Convento de Reparadoras; y las de Molviedro, de D. Pedro Pumarejo, de D. Benito del Campo, hoy Monte de Piedad, comerciantes todos ellos, extranjeros los más, vizcaínos y castellanos algunos.

Un tercer grupo forman, más numeroso que los dos anteriores, las casas, más sencillas y modestas, de más reducido espacio, pero en ocasiones amplias y cómodas, de la clase media, de hacendados y labradores, propietarios de oficios reales, negociantes, médicos, abogados y de otras profesiones análogas. Es el tipo más común de la casa de nuestra ciudad y que mejor se ha conservado hasta época relativamente reciente. Así la del famoso Andueza, que fueron luego del Conde de Casa Galindo, las del Relator González de Locueva,

en la calle de San Vicente, la de los Cetina en Madre de Dios cuna del inspirado cantor de los

«Ojos claros, serenos...»

primer poeta español de alto vuelo que pisó tierra americana, la de los Melo construída sobre las heredadas de Juan Cromberger, de la que salió la primera imprenta de América, sin que aun haya en ella, hoy que tanto se prodigan las lápidas y los monumentos, un mal azulejo que lo recuerde; la del Almirante López Pintado, hoy del Marqués de Villapanés; la de Ramos en la calle de Tetuán levantada sobre parte de lo que fué Hospital del Cuerpo de Dios; la de Gómez de Barreda, en los Viejos; la en que nació el primer Marqués de Estella, en el barrio de San Bernardo; una interesantísima, acaso la de Mallén, en la plaza del Sacrificio, en la Calzada, y otras varias en el mismo arrabal; la de la plaza de San Martín esquina a la calle de Santa María, hoy de Morgado; una muy interesante por sus adornos en la plaza de San Marcos, a espaldas del Convento del Socorro; otra muy cercana a ésta en la calle del Socorro que ostenta sobre su cancela una lápida con la inscripción:

«Magna aliena, parva;
Parva propia, magna...»

otra bellísima en Triana, casi frontera al ábside de Sta. Ana, en la calle de la Pureza; la que fué Hospital del Rey y acaba de adquirir la Diputacióa Provincial en la plaza del Triunfo; la de los Alfaro en la plaza de su nombre y las de los Maestre en las calles de Zaragoza y de Jesús.

Entran en este grupo muchas otras casas más pequeñas y modestas que las citadas, pero que como construcciones repiten, en menor escala, el tipo de aquéllas y que en ocasiones fueron habitadas por dos familias, una en cada piso, o por más, dando origen a lo que se llamó casa de partidos en que la separación de vecinos no alcanzaba al patio, azotea y otras dependencias de que todos disfrutaban por igual.

Constituyen el cuarto grupo las viviendas de la clase humilde, la casa o corral de vecinos como acostumbramos a decir, y los mesones, posadas o paradores, como se nombraban los albergues de forasteros cuando aun no habían penetrado en nuestro léxico las exóticas palabras *fonda* y *hotel*. De unas y de otras hemos de hablar más adelante.

Y finalmente, el quinto grupo es el formado por las tiendas que tienen un carácter interesantísimo y especial. En este grupo entran las *Alcaicerías*, las *tendillas de la Jamerdana*, la calle de las *Tiendas* de la collación de Santa María Magdalena, en una de las cuales vino al mundo el inmortal pintor de las Concepciones Bartolomé Esteban Murillo; las *tiendas de la Açuyca*, hoy calle de Santa María la Blanca; los *poyos de las fogozas*, de la plaza de San Salvador, que por ellos se llamó del Pan, y algunos otros lugares semejantes a éstos.

Las dos Alcaicerías, llamadas una, en lo antiguo, de los Alatares, Especieros, o Herbolarios, y en la actualidad de la Loza, y la otra en un tiempo de la Seda, del Oro, de los Lenceros, de los Aljebibes o Ropavejeros y de los Traperos, hoy parte de la calle Hernando Colón y de sus adyacentes, eran lugares cerrados formados por una red de callejuelas estrechísimas que, por medio de puertas de hierro, se incomunicaban, cuando cesaba la hora del mercado, del resto de la población. Lugares semejantes hubo en todas las poblaciones importantes conquistadas a los árabes: la Alcaicería de Granada no es otra cosa, ni lo fueron las Tendillas de Córdoba de las que no resta sino el nombre.

Las tendillas de la Jamerdana o Jamardala y las de la Açuyca, cerca de la puerta de Minjoar, eran los mercados del barrio judío en que radicaban, y que después de la destrucción de la Judería en 1391, quedaron con el mismo oficio al amparo de los poderosos señores D.ª Elvira de Ayala y el Justicia Mayor de Castilla Diego Lepez de Stuniga, o de Zúñiga, que junto a ambos lugares edificaron sus señoriales moradas.

Los poyos de las fogozas, ocuparon la actual plaza de Jesús de la Pasión y aun restan de ellos vestigios en las diminutas tiendas accesorias del edificio de la antigua Colegiata.

Todas estas tiendas, como las de los actuales Bazares de

el Cairo, de Jerusalén, y de otras ciudades de Oriente, no son casas, sino alacenas abiertas en un muro, de tan reducido espacio que apenas puede revolverse en ellas el vendedor entre las baratijas que expende.

No fueron nunca estas tiendas edificios doblados, esto es de dos pisos o plantas, sino de una sola. Aun puede apreciarse en nuestra ciudad lo que fueron estos lugares en cuanto a la amplitud de sus calles en las barreduelas de la calle de Hernando Colón y la calle de los Herbolarios, y en cuanto al espacio de sus tiendas en las accesorias del ábside de San Salvador y en alguna tienda de la Alcaicería.

No es ocasión, por que temo cansaros, ni yo soy quién para ello de hablar de los materiales empleados en la construcción de estos cinco grupos de casas en las que encontramos el mortero, el tapial, el adobe, el ladrillo y la piedra; ni de su estilo arquitectónico, mudable como la moda y en que van sucediéndose incesantemente los estilos agareno, mudéjar, gótico, renacentista, plateresco y barroco que aquí parece que encontró su centro y lugar propio; ni de su pavimentación o solado que constantemente fué el ladrillo, ya de junto, de espina-pez, o de axembrilla, rarísimamente de verdugos o azulejos blancos, azules y verde, que se reservaban para el revestimiento de las partes inferiores de los muros y decorar las puertas, ventanas y chimeneas; nunca el mármol, usado sólo en columnas y sardineles; ni de sus techumbres ya planas con sus vigas, almojairas, alfarxias, ladrillos mazaries por tabla, con sus molduras, racimos de mocárabes, o amedinados, y almorabes dorados, o bien de armadura de par e hilera, de par y nudillo, de limabordon o de limas moamares, o de otras formas de las que tan acertadamente trató el autor del precioso libro de la «*Carpintería de lo blanco*»; ni de sus puertas ceuties, de escalera, de moldura o de guarnición; ni aun siquiera de su distribución material en azaguán o zaguán, palacios, recibimientos, portales, que hoy decimos corredores, cámaras, recámaras, salas, cuadras, que no son ciertamente caballeri-

zas, como por el mal uso de la palabra pudiera creerse, y otras dependencias desde el soterraño o sótano al zaquizamí o desbán; ni de sus rejas llanas, del Romano y de otras clases.

Mas sin hablar de nada de esto, en que mi notoria incompetencia me expondría a serios peligros, encuentro yo en los cuatro grupos primeros de los cinco que he formado, prescindiendo de la casa tienda, que generalmente no fué habitación, sino lo que pudiéramos llamar puesto de mercado, ciertas notas comunes que, a mi pobre juicio, bastan y sobran para caracterizar la casa sevillana.

Entre estas notas comunes acaso sea la más saliente la sobriedad de las fachadas, formadas en su mayoría por altas y lisas paredes exentas de adornos como ocurre aun hoy con muchas casas de Marruecos. Es una nota de indudable herencia árabe, o acaso dijéramos mejor moruna, pero muy acepta a los ojos del pueblo cristiano que la adoptó. La vida de esta casa mira toda al interior; el aire y la luz las reciben las habitaciones del patio principal, de los secundarios, del jardín o del corral, que en rigor patios son también, y casi nunca, sólo en contados casos, del exterior, de la calle: por eso escasean tanto las ventanas en los altísimos paredones, en los que sólo suele aparecer uno de esos lindos ajimeces que nuestros antiguos alarifes describían modestamente diciendo: «una ventana con sus poyos franceses guarnecidos de azulejos, repecho e recodadero, e peaña, partida en medio por un marmol con su vasa e capitel».

Moradas tan suntuosas como la conocida por casa de Pilatos, no ofrecía al exterior, en su primitiva traza, casi otro adorno que la bellísima portada y la Cruz en que comienza el famoso Via-Crucis que termina en el humilladero de la Cruz del Campo; el antiestético balcón que recientemente y con gran acierto ha sido sustituído por una artística columnata, como las ventanas de las calles de Imperial y de las Caballerizas, son obras muy posteriores. Otro tanto ocurre con el Palacio llamado hoy de Alba. Y no eran sólo las casas de los nobles las que ofrecían esta nota que encontramos en casas de gentes de más modesta condición social, incluso en las de las más humildes; la casa de vecinos llamada Corral del Conde,

edificio casi exento puesto que tiene tres fachadas, apenas si ofrecía otro hueco en ellas que su sencilla puerta de entrada, pues las múltiples aunque pequeñas ventanas que hoy presenta, como las puertas de sus tiendas accesorias son modernísimas.

La casa sevillana tuvo generalmente dos pisos que servían alternativamente de vivienda a una sola familia, el bajo en verano y el alto en invierno, hasta el punto de que en muchas casas, aun principales las puertas cristaleras servían alternativamente, según la estación, en uno o en otro piso. Solían tener muchas un tercer piso, que era solo parcial, muy frecuentemente en la nave de fachada, que se llamaba *el mirador* con grandes huecos, formados por una serie de pequeños arcos, que carecían de toda clase de puertas en ellos, locales que se destinaban a diferentes usos domésticos. Tenían sólo algunas un artístico y bello torreón a que daban el nombre de *tirasol,* de que nos queda el hermoso ejemplar de la casa llamada de los Pinelos, que se cree fué la cuna del Beato Juan de Ribera en la calle de los Abades, con sus «pretiles de cantería a manera de barandas» y otro menos esbelto pero no exento de belleza en la antigua plaza de los Descalzos. Otro más típico y airoso, el de la casa del normando Nicolás Grubel, conocido en estos últimos tiempos con el nombre de *Torreón de Novedades,* fué demolido, hace pocos años, por exigencias de un ensanche tan necesario como lamentable.

Nota muy común a las casas de Sevilla es el terrado, que aun conserva el nombre arábigo de azotea, que rara vez cubría toda la casa, sino lo necesario para sustituir, aunque desventajosamente, el jardín y el corral, razón por la cual en las casas que tienen ambas dependencias no suele hallarse azoteas. Destináronse las azoteas, y aun se destinan, a diversos usos domésticos, a criar aves de corral y a cultivar en macetas, que los castellanos llaman tiestos, las flores, compañeras inseparables de la mujer sevillana.

Fué un tiempo nota común a las casas de Sevilla el jardín, sustituído en las viviendas pequeñas por los arreates del patinillo que rara vez solían faltar. La ilustre escritora Fernán Caballero, que, aunque nacida casualmente en Suiza, fué sevi-

llana de corazón y conoció, como pocos, el alma de nuestra ciudad, dijo en una de sus admirables epístolas, hablando de estos pequeños jardines: «un poco de verde en una casa es como una poca de esperanza en la vida», y un escritor argentino, Larreta, ha dicho hablando de los jardinillos menguados y estrechos de algunas casas de su país, que son «como esos patios de monasterio que hacen mirar hacia arriba».

La generalización del uso de los coches, la necesidad de un local donde guardar estos artefactos y de ampliar la caballeriza, situada en los primeros tiempos, mientras se usaron sólo para montar, en los zaguanes o patios de entrada, y de reducidas dimensiones, pusieron en grave peligro la existencia de los jardines que redujeron su extensión en algunos casos y desaparecieron en los más, del mismo modo que en la actualidad la generalización del automóvil va dejando sin ventanas muchas casas por conversión en garages de las habitaciones del piso bajo que caen a la calle.

Pero la nota esencial de toda casa netamente sevillana es el patio, sin el que no se concibe la casa de Sevilla, de la que puede decirse que es el alma. En las modernas casas de piso se habita, pero no se vive, en el verdadero sentido de la palabra, y para poder vivir hay que lanzarse a la calle permaneciendo en la habitación sólo el tiempo absolutamente preciso. Estas modernas casas parece como que rechazan a sus moradores, las otras, por el contrario, parece como que las atraen dulcemente.

Las palabras patio y corral son sinónimas en nuestra lengua y por ello se llamó corral de los Olmos al ya desaparecido, que se extendía al pie de la Giralda hasta Santa Marta y las casas Arzobispales y ya Cervantes nos habló

«Del gran corral de los Olmos,
Do está la jacarandina...»

y se nombró Corral de los Naranjos el que hoy llamamos patio del mismo nombre en nuestra Catedral, como puede verse en repetidos lugares de la «Vida del Escudero Marcos de Obregón» de Vicente Espinel.

Por eso se llamó corrales a los antiguos teatros, instalados

todos ellos en patios y tuvimos en nuestra ciudad el de la Montería, en el patio del mismo nombre de los Reales Alcázares; el de Don Juan, en la antigua casa en que después se levantó la Iglesia y Convento de los Clérigos Menores, hoy Parroquia de Santa Cruz; el de Doña Elvira, en las casas que ya he mencionado a otro propósito, y el mismo teatro llamado el Coliseo, que dió nombre a una calle, no fué sino un gran patio habilitado para representaciones dramáticas.

Por esta misma razón llamamos en Sevilla a la casa de vecindad *corral* de vecinos, por que todos ellos fueron, y lo son los que aun subsisten, un gran patio, y nada más que eso, rodeados de habitaciones. Eso es el corral del Conde, que del famoso Conde Duque, su dueño, tomó el nombre; eso es el de Cartuja, en el barrio de San Roque; eso son los grandes y famosos corrales existentes en San Bernardo, la Macarena y Triana; eso fué el famosísimo del Trompero, tan grande que lo constituían tres o cuatro patios, uno a continuación de otro y del cual sólo resta una mínima parte en la calle de las Vírgenes y eso es el corral de Cabañas, en la de Levíes y tantos otros como pudieran citarse.

Patios y nada más que patios, rodeados de habitaciones, fueron y son los famosos mesones, posadas y paradores sevillanos, los llamados de la Castaña, de la Beata, del Toro, del Cristo de Adentro y del Cristo de Afuera, el Mesón Blanco, el de la Vinatería, el del Tabladillo, de Dos Hermanas, del Esparto, del Almeja, de los Angeles, del Aguila, de las Fogazas, de los Perdidos, de los Caballeros, así como los de la Rabeta, del Rey, de la Reina, de los Moros o del Moro, que todos cuatro dieron nombre a sus respectivas calles; la antigua posada de Tomás Gutiérrez, el un tiempo comediante y amigo del príncipe de nuestros ingenios, en la que no se desdeñaron deparar grandes señores, y de cuyo edificio subsiste algo, muy transformado en la antigua calle de Bayona y muchos otros desaparecidos. Eso son actualmente la posada del Zapatillo, llamada ya en el Siglo XV el Mesón del Zapatejo, y la de la Cartagenera, la de la Imagen, la del Lucero y algunas más que aun perduran.

Estos antiguos mesones, como el corral del Trompero,

antes nombrado, no presentan a la calle más que su puerta de entrada y una ventana o balcón sobre ella; hay que traspasar un largo portal, verdadero callejón, en ocasiones con sus vueltas y revueltas, para llegar al patio, situado en el interior de una manzana de casas, como si fuera el corazón de la misma.

Correspondiendo al concepto de que la vida de la casa mira al interior, de que está hecha para sus habitaciones no para los que ruan por la ciudad, el patio, alma de la casa, estaba generalmente muy al interior, como aun puede verse en la magnífica casa de la familia de Olea, hoy de la de Osborne, en la calle de Guzmán el Bueno, y cuando, por exigencias del espacio disponible al construir, no era posible situarlo así, nunca era visible desde la calle; los zaguanes estaban dispuestos de manera que los ocultaban y aun subsisten algunos ejemplos en la ciudad, recordando los que ya somos ancianos muchos que estaban de esa manera y se han modificado no hace muchos años.

Aun, por fortuna, la mayoría de las casas sevillanas, conservan el patio, encanto, embeleso y admiración de los extranjeros que nos visitan. Algunos de ellos son verdaderos monumentos como los de la casa de Alba, de la llamada de Pilatos y del Hospicio de Venerables Sacerdotes. Los conventos sevillanos ofrecen una serie de patios notabilísimos: quien como yo haya podido admirar los de Santa Clara, Santa Inés, Santa Paula y San Clemente, no los olvidará nunca. Bellísimos son tres del antiguo convento Casa grande de la Merced, hoy Museo provincial de Bellas Artes; los dos de la Casa Profesa de la Compañía de Jesús, hoy Universidad, el de la Audiencia, el de la casa de Don Jorge de Portugal, hoy Hotel de Madrid y muchos otros que no enumero por no abusar de vuestra paciencia.

A mi juicio estas cinco notas referentes a sobriedad de fachada, altura de edificación, existencia de azotea, de jardín y de patios, son suficientes para caracterizar la casa sevillana como tipo constructivo, dentro del que cabe la más amplia variedad de formas. Por esto me explico yo que cuando unos autores dramáticos contemporáneos, cuyo elogio no hago porque pudiera parecer apasionado por los vínculos de la sangre

que a ellos me ligan, han querido llevar al teatro la vida sevillana, situando la acción en su escenario propio, han tenido que titular sus obras: *La Azotea, El Patinillo, El Patio.*

Siempre he creído que de todas las notas mencionadas era la más esencial el patio y me confirmé en mi opinión cuando leyendo en una obra del ilustre restaurador del Cabildo de Luján, de Buenos Aires, el ya mencionado Don Martín Noel, sus consideraciones sobre el origen español, especialmente andaluz de la arquitectura americana, leí estas palabras: ¡Qué mayor testimonio que esos patios comunes a nuestras moradas!

Con ellas debiera yo poner testimonio a este trabajo sino creyera que debía citar, como otra vez, antes de ahora, lo he hecho, un epigramático cuentecillo popular que recogió en una de sus bellísimas obras la no superada Fernán Caballero, y que, aún con las exageraciones de la fantasía popular, retrata a maravilla la casa sevillana y su nota típica: «Se cuenta que cuando un sevillano mandaba labrar una casa, decía a su arquitecto. Hágame V. en este solar un gran patio y buenos corredores; si terreno queda hágame V. habitaciones.»



Palacio de Don Pedro I de Castilla. — Reales Alcázares





Detalles del Palacio de Don Pedro I de Castilla.—Reales Alcázares



Patio de la Casa de los Marqueses de Tarifa.—Casa de Pilatos



Escalera de la Casa de los Marqueses de Tarifa.—Casa de Pilatos



Casa de los Pineda.—Palacio de las Dueñas



Casa de los Pineda. — Palacio de las Dueñas



Casa de los Pineda.—Palacio de las Dueñas



Casa de los Cervantes, en la calle de Cardenal Cervantes, hoy Asilo de San Fernando

Columnata de la Casa de Pilatos



Compás del Convento de Santa Paula



Casa de los Alcázeres, en la calle de su nombre, hoy Convento de las Hermanas de la Cruz



Mirador de la Casa del Conde del Agulla, hoy de los Sres. Luca de Tena



Casa de los Tavera, hoy Colegio de Carmelitas en la calle Bustos Tavera



Casa de los Tavera, hoy Colegio de Carmelitas en la calle Bustos Tavera



Casa de los Marqueses de Alcalá de la Alameda, en la Plaza de Zurbarán



Patio de la Comandancia de Ingenieros, en la calle Jesús
que perteneció al Convento del Dulce Nombre de Jesús



Casa conocida por Palacio del Infantado, en la calle de Santa Ana



Casa de los Oleas, en calle Guzmán el Bueno, hoy de los Sres. Osborne



Entrada a la Casa de los Bucarelli, en la calle de Santa Clara



Casa de los Mañara, en la calle de Levíes



Casa que fué Hospital del Rey, en la Plaza del Triunfo, hoy Diputación Provincial

Casa de los Alfaro, en la Plaza de su nombre



Casa de los Céspedes, en la calle de San José



Casa de los Saavedra, en San Juan de la Palma



Casa del Almirante López Pintado, en la calle Santiago
hoy del Marqués de Villapanés



Casa de las Aguilas, en la calle de su nombre



Casa de Anduezo, hoy de los Condes de Casa Galindo, en la Plaza de su nombre



Casa de los Cetina, en la calle Madre de Dios



Corral en San Roque



Mirador de una casa en la Plaza de Argüelles



Parador del Lucero, en calle Almirante Apodaca



Parador de la Alfalfa, en la calle de su nombre



El Corral del Conde, en la calle de Santiago.



Entrada al corral del Trompero, en la calle Vírgenes



Calle aun existente de la antigua alcaicería de la seda, en la calle Colón



Patio de la casa de los Bucarelli, hoy del Conde de Santa Coloma



Mirador en la calle Verde



Portada de una casa sevillana en la calle Pureza



Compás del Convento de San Clemente



Patio de una casa de Vecinos (Corral)



Patio de una Posada



Arquillo en una calle de Triana



Tendillas en la Plaza del Pan

